

GUILLERMIN  
("El Mercantil valenciano". valencia, 4 novbre 1917)



# Guillermin

Entre los reyes que aun quedan en Europa hay uno a quien el kaiser Guillermo solta llamarle «der Kleine Wilhelm»; esto es: el pequeño Guillermo, o sea Guillermin. Y en esto no se sabe qué entra por más, si la inconcebible petulancia de ese monstruo de falsía y de orgullo, a quien L. Quidde comparó años hace con Calígula en su célebre estudio publicado en la revista mensual «Gesellschaft», o si el desprecio que mostraba hacia aquél que se le antojaba ser un remedo suyo. Porque habria que saber lo que el buey de la fábula pensaría de la rana que quiso hacerse buey.

Pero a fe que Guillermo se engañaba de medio a medio respecto a Guillermin. Este, Guillermin, jamás sintió de veras el imperialismo, ni eso del poder personal. Eran caprichos que le sugerian sus cortesanos y algún político que, falto de la confianza popular, buscaba por malas artes captarse la regia. En el fondo, Guillermin maldito si tenía el menor apego ni la más ligera afición a su oficio hereditario. No había nacido para él. Esta es la pura verdad.

A Guillermin lo que ante todo le gustaba era divertirse. Un poco tristemente, sin duda; pero divertirse. O acaso dis-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.

traerse; olvidar la pesadumbre del cargo. Sus aficiones eran las de un señorito campesino. Hasta se dice que siendo mozo, antes de haberse casado, se entretenía en adiestrar gorrinos, haciéndolos saltar por un aro, como se hace en los circos. Lo que demuestra, a la vez que la sencillez de sus gustos, su profética comprensión de lo que podría llegar a ser su cometido oficial.

No; Guillermo nunca sintió ni el imperialismo ni el poder personal. El ejercicio de éste, del poder personal, exige una concentración de inteligencia y de voluntad, que estaban muy lejos, así de los gustos como de las aptitudes de Guillermo.

Corrió una vez por el reino la especie de que a Guillermo no le bastaba su sueldo; que había tenido que acudir a empréstitos particulares, y que se trataría en el Parlamento de aumentarle su asignación. Pero no se hizo así.

Hay teorizantes que sostienen que un rey no necesita ahorrar y que debe gastarse su asignación toda. «Para qué ha de ahorrar un rey? — dicen. — Aténgase a la riqueza de su pueblo, y si éste es pobre, viva él, su soberano, pobremente también. Mas como nunca ha de faltarle su pueblo para mantenerle con decoro a él y a toda su familia, no hay por qué ahorrar.» Estos teorizantes son de la misma frasca que aquellos otros que dicen que un obispo debe morirse pobre, sin dejar ni siquiera una buena dote a cada una de sus sobrinas. ¡Teorías, teorías y teorías!

En el período de patriarcalidad de las monarquías está muy bien eso de que un rey no ahorre capital alguno exportable, porque no se cree que haya de faltarle su patrimonio regio sobre la sólida garantía de la lealtad de sus vasallos. Pero los tiempos han cambiado y ya no hay nadie que crea en eso de la consustancialidad de la monarquía y la patria. Aquí en España, por ejemplo, no cree eso nadie, absolutamente nadie, ni Dato. Cierto es que este bajo cortesano ha proclamado esa consustancialidad; pero ha sido sin creer en ella, y no más que llevado de su vicio de mentir, por adulación, sus pro-



Guillermin



pios sentimientos. Si es que los lacayos tienen sentimientos civiles.

Hoy los reyes deben cuidarse de ahorrar, porque las cosas pueden venir mal dadas, tener que abdicar o ser echados del trono, y verse obligados a vivir ateniéndose a sus propios recursos, a su fortuna personal. Hasta se dice de algún rey actual que ha dicho alguna vez que si tuviese más fortuna personal, una fortuna que le permitiese vivir en el extranjero con su familia, y conforme a su rango y a los hábitos contraídos, habría abdicado ya. Y he aquí por qué los reyes hoy deben procurar por todos los medios ahorrar de su sueldo e ir formándose un capitalito, una fortuna personal, por si llegan los tiempos de un destronamiento.

Y acaso llegó un momento en que Guillermin, viendo que se oscurecía el horizonte de la Europa monárquica, cayó en la cuenta de la necesidad del ahorro. Sonaban tal vez en sus oídos siniestras profecías. Pues se dice que hallándose una vez en Alemania con otros reyes, el Guillermin y joven Manuelin, rey también entonces, se rieron de un tumbo que al querer montar a caballo dió el anciano rey de Baviera, y que éste, volviéndose a los dos mocetes, les vino a decir algo así como esto: «Os reis, ¿eh? ¡Ya veremos si a mi edad habéis o no conservado vuestros tronos!»

Guillermin, pues, el pequeño Guillermo—o sea «der Kleine Wilhelm»—comprendió la necesidad del ahorro, a lo que acaso le empujaba su propia mujer que tenía aun menos afición que él—y se comprende—al trono y a sus peligros. Era una modesta ama de su casa, a la que le gustaba ir de tiendas o asistir al cine mucho más que las recepciones palatinas. Las cuales, seguramente, le aburrían, en lo que mostraba su buena educación.

Guillermin comprendió, decimos, la necesidad de ahorrar; pero había montado en tal pie su casa y tales costumbres había adquirido, aparte de lo que exige el decoro de la realeza, que le quedaba poco margen para el ahorro. Y en un caso así, ¿qué hace un rey? ¿Va a dedicarse a especulaciones industriales? ¿Va a ser accionista de grandes empresas? ¿Va a meterse en negocios? ¿Va a jugar a la Bolsa? ¿Va a jugar otro juego de azar o de envite?



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.USALES

Guillermo

5-420  
9



El que un rey se dedique a especulaciones industriales es peligrosísimo para el reino, porque es una forma disimulada de monopolio ilegal, y es peligrosísimo que se interese en grandes empresas. Así no puede haber justicia económica. El que juegue a la Bolsa es aun peor, más inmoral, porque un rey puede provocar alzas y bajas, y en todo caso preverlas mejor que otros, y así juega con ventaja. Y nada digamos de que él, un rey, se dedique a jugar. Ni en broma debemos permitirnos la irreverencia de imaginar a un rey tallando con súbditos suyos, al monte o al bacarrat, o aunque sólo sea a la treinta y una o las siete y media, y ni aun por pasatiempo en una partida de caza. Esto sería una ocurrencia tan grotesca como la de aquel que imaginó a un rey jugando al monte en un cuerpo de guardia con unos jóvenes oficiales de su ejército. Estas no pasan de ser imágenes desatinadas de fantasías enfermas.

Empezóse a decir que si Guillermo no jugaba, por lo menos amparaba el juego y aun favorecía un cierto monopolio oficioso de él y que andaba de bracete con cierto aventurero extranjero que se dedicaba a la explotación en grande del juego de azar. Y lo que sí era cierto es que los ministros de la Gobernación del reino y los gobernadores, sus delegados, lejos de perseguir el juego prohibido, lo toleraban y aun algunos cobraban su cuota por tolerarlo. Decíase más aún, y es que Guillermo hizo que a un aristócrata tronado, amigo suyo y subvencionado por la casa real, le nombraran gobernador para que fuese resarcíendose y le ahorrara la subvención.

¿Y qué sucedió luego con Guillermo?

Al llegar acá me entero de que aquí, en España, se acaba de encargar que forme gobierno a D. Antonio Maura, nuestro Juan Franco. ¡La carta de la desesperación! ¡Esto marchal!

Miguel de UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES